

y la convierte en **mujeres**; mujeres que, como ya dije, pueden ser frágiles, alocadas, decididas, deseantes. **Mujeres únicas, singulares.**

A las mujeres para que existan hay que mirarlas una a una. Esto hace Angeles Mastretta. Los personajes masculinos giran en torno a estas mujeres. Son causa del deseo femenino. Angeles Mastretta saca del anonimato a las mujeres que crea y recrea y nos presenta una amena gama del goce femenino.

Jeannette Gorn Kacman

Nobodaddy. La histeria en el siglo*

Cuando Lacan introduce los registros *Simbólico, imaginario y real* propone una mirada sobre la realidad psíquica más rica y compleja. A partir de ellos, aborda la cuestión del padre, abriendo así las diversas figuras que componen su función. En este trabajo, Catherine Millot anuda los diversos aspectos que definen la función paterna con el fundamento de la posición histérica, describiendo cómo a partir de las paradojas en las que se inscribe esta función, la histeria se estructura.

Sirviéndose de diferentes disímiles recursos, desde un análisis de la experiencia inicial de Freud hasta las fórmulas de la sexualización, tocando aspectos tales como la relación de Freud y Ferenczi y la experiencia del análisis que éste hizo con Freud, y que llevaría a Ferenczi a hacer una serie de reflexiones teóricas en torno a la transferencia y al fin de análisis, Catherine Millot expone las ambigüedades en las que se inscribe la función del padre.

Retomando las formulaciones que Lacan plantea en el seminario *Los nombres del padre*, y aquellas que aparecen desde el seminario sobre *La relación de objeto*, la autora nos presenta esa doble figura del padre interdictor y al mismo tiempo, la del padre que encarna un goce absoluto.

Trabajando con la histérica, Freud se encuentra, en el origen del trauma, con un padre seductor, perverso, o bien, con un padre impotente, un padre muerto. Cuando Freud reemplaza la teoría de la seducción por la teoría del fantasma, ese padre, si bien cobra otro

* Comentario al libro de Catherine Millot, *Nobodaddy. La histeria en el siglo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

estatuto y se le aborda desde la estructura edípica que ahora toma el relevo, la función paterna sigue manteniendo una enorme ambigüedad. Es lo que la histérica viene con su síntoma a denunciar; una ambigüedad cuyos efectos se vierten sobre el impase que gira en torno a la sexualidad femenina. Si bien, la intervención de este padre es necesaria para la salida del Edipo, su papel pareciera ser irremediamente insuficiente. El encuentro con un imposible que Freud nombra, en *Análisis terminado e interminable*, "la roca de la castración", denuncia de alguna manera, ese fracaso de la ley del padre para impedir el rechazo, por parte de ambos sexos, de la posición femenina que tendría que asumirse como resultado de la liquidación del Edipo.

Con la elaboración del concepto de objeto a, Lacan podrá proponer una salida, en la clínica psicoanalítica, a esa dificultad de la elaboración freudiana.

El padre interdictor, padre que instaura la ley y por lo tanto ubicado en el plano simbólico, está, como tal, sujeto al orden significante, encarnando una figura de impotencia, como una estructura agujerada, incompleta. Ahí aparece en el orden de lo real, que designa el límite de lo simbólico. Bajo ese aspecto real, surge esa otra figura del padre que representa al goce absoluto, y que Lacan asimila al padre primitivo de *Totem y tabú*. Ahora bien, si lo real designa el imposible con lo que se topa todo sistema simbólico, eso real, remite a lo sexual. Lacan se sirve de las fórmulas de la sexuación para abordar esta doble dimensión simbólica y real de la función paterna, posibilitando con ello una esclarecedora ubicación de lo que particulariza la posición histérica.

La paradoja de la función paterna puede condensarse en la fórmula $\exists x \Phi x$ (existe al menos uno que no está sometido a la función fálica), lugar del mito de ese padre totémico, mito de un goce absoluto que el encarna, y a la vez del padre simbólico, que sitúa al goce, goce del Otro materno, como prohibido.

El padre simbólico introduce el goce fálico cuyo carácter limitado denuncia la histérica, pues él remite a la castración misma como verdad de ese goce. La histérica se consagra a denunciar el desfallecimiento, las deficiencias de ese padre. Deficiencia que remite por un lado a la impotencia para dar garantías contra el goce y abrir la brecha al deseo ahí apresado. Impotencia que no es sino el reflejo, se insiste una y otra vez, de los límites de lo simbólico y que conlleva la imposibilidad de dar

respuesta a la demanda que la histérica le hace: la de darle lugar a la mujer como ser sexuado. Ahí lo simbólico se topa con el límite de poder ofrecer un significante que signifique a la feminidad.

Si los dos sexos -dice la autora- tienen que vérselas con el desfallecimiento de lo simbólico (reflejado en las ambigüedades de la función paterna), si todo sujeto se constituye en defecto con relación al conjunto de los significantes, ésto se ve redoblado en la histeria, por la ausencia de simbolización no sólo de su ser de deseo, sino también de su mujer. Esa posición respecto de lo simbólico la predestina a encarnar ese límite de la función fálica, a presentarse como excepción, ($\exists x \Phi x$), para que exista una que fuera verdaderamente Otra.

Por ello la histérica se consagra a cuestionar la feminidad cuyo enigma intenta resolver colocándose en ese lugar de exclusión.

A causa de esa deficiencia del padre, explica Catherine Millot, la histérica da cuerpo, crea y recrea a un padre ideal. El preso de sostener ese ideal es la eternización del síntoma, imposibilitada para reconocer su deseo.

El padre real, que tiene la función de hacer el don simbólico del falo, articulado al objeto a, en la medida en que lleva a la destitución del ideal, se viene a ofrecer, tal como se ha dicho, como una solución a ese callejón sin salida, liberando al sujeto de la carga de su síntoma.

Efectivamente, tal como lo sostuvo Lacan, la histérica hace al hombre cuando hace suya la pregunta por la esencia de la feminidad, pero también hace **La Mujer**, al situarse en la posición de exclusión, al intentar formar un **Todo**, un universal de lo femenino.

Leticia Flores

Subjetividad, grupalidad e identificaciones. Apuntes metagrupales*

He aquí un libro fascinante, una obra donde vemos a su autor cabalgar trayectorias, líneas acéntricas, planos, desvíos, trazados, retornos, pliegues y repliegues y empastes, sugiriendo con tales

* Comentario al libro de Juan Carlos de Brasi, *Subjetividad, grupalidad e identificaciones (apuntes metagrupales)*, Búsqueda/Grupocero, Buenos Aires, Madrid, 1990.